



## *SACERDOCIO*

---

1ª Exposición de la Mesa Redonda del X EFCSM 2015

**D. Francisco Javier Espigares, Pbro.**

**© 2015. Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

## TESTIMONIO DE UN SACERDOTE DIOCESANO SECULAR EN LA LUZ DEL SÍ

El sacerdote diocesano hace las promesas de obediencia al obispo y de celibato por el reino de los cielos. Está llamado también a vivir la pobreza. En cierta manera se parece bastante a los consagrados que realizan sus tres votos de obediencia, virginidad y pobreza.

El bautismo es el primer y gran «sí» que un cristiano recibe por parte de Dios. En ese «sí» el hombre recibe su identidad, la gran dignidad de ser hijo de Dios, de entrar en la Iglesia y de poder vivir la misión a la cual es llamado. En el bautismo, Dios ya sabe lo que quiere de cada uno. La cuestión es descubrirlo nosotros. Hay personas que se mueren sin saber lo que Dios quería de ellas, a qué estaban destinados sus días. Por eso es muy importante ayudar al bautizado a escuchar su llamada del seguimiento del Señor en el estado de amor al que Dios lo llame: matrimonio, sacerdocio o vida consagrada.

Al «sí» del bautismo se le une entonces el «sí» de la vocación. La identidad y la misión van juntas. El descubrimiento de la vocación sacerdotal, del seguimiento por el Reino de los cielos, ha sido para mí también un regalo de amor, un «sí» de Dios. Y, aunque me haya parecido en algunas ocasiones como un fastidio, una fatalidad, no lo es en absoluto. Él no nos abusa, no nos utiliza en beneficio de los demás para después dejarnos tirados. La llamada que te hace es lo mejor para ti. Uno busca su propia felicidad por los caminos egoístas del placer, del poder o del tener. Eso no te hace ni libre ni feliz<sup>1</sup>. Dios, que nos conoce más que nosotros mismos, sí sabe darnos el camino mejor para ser felices y poder vivir la verdadera libertad del amor. Y, por eso, reclama nuestro pequeño «sí» a su gran «sí»<sup>2</sup>.

«Quien lo pronuncia lo llena con su personalidad, le da su peso específico y su color único, y a la vez él mismo es formado, liberado y realizado por su sí. Toda libertad crece por la entrega y por la renuncia a una libertad sin ataduras. De la libertad que se ata proviene toda la fecundidad»<sup>3</sup>.

Hay otro «sí» constante de la fidelidad del Señor conmigo que he experimentado a lo largo de mis veintiún años de ministerio. A pesar de mis «noes», infidelidades y pecados «Él permanece fiel»<sup>4</sup>. Su indestructible «sí» es la garantía de mi insignificante «sí».

Por esa razón es importante «que Él crezca y yo disminuya»<sup>5</sup>, al estilo de san Juan Bautista: el vaciado de sí para dejar sólo a Dios. Este es el gran reto: volver a la simplicidad y sencillez de los niños, dejarle todo el protagonismo de la vida, todo el peso de las cosas y la fatiga de la responsabilidad. Yo le digo al Señor: «Tú eres el párroco y yo soy tu monaguillo, manda lo que quieras y ayúdame a hacerlo». Así me siento mucho mejor, más descargado y en paz. Es mejor que Él lleve el avión puesto que es mejor piloto. Eso no significa negar nuestra cooperación a la gracia requerida por Él. Pero sí entraña renunciar a saber los frutos de tu trabajo, a calcular nuestros logros y a intentar rentabilizar todo esfuerzo. No podemos tentar a Dios contando nuestros soldados para ver si podemos vencer la batalla.

<sup>1</sup> Cf. A. VON SPEYR, *Ancilla Domini*, María en la redención, Fundación san Juan, Santa Fe -Argentina- 2005, 18. Frente a estas tres inclinaciones se sitúan los tres votos de la vida consagrada que no destruyen la vida sino que generan un hombre nuevo: «Obediencia, castidad y pobreza no son el suicidio del espíritu humano, sino su vida en una gracia nueva».

<sup>2</sup> Cf. *Ibid.* 18. Aquí se pone de manifiesto que la palabra de nuestra respuesta, como en María, no tiene el mismo rango que la palabra recibida de Dios. Así lo dice bellamente con esta frase: «Ella extiende su palabra como una alfombra bajo los pies de la palabra de Dios».

<sup>3</sup> *Ibid.* 31.

<sup>4</sup> 2 Tim 2, 13.

<sup>5</sup> Jn 3, 30.

Él con pocos se basta<sup>6</sup>. David no venció a Goliat por sus méritos sino por una confianza y obediencia ilimitadas en Dios además de contribuir con su habilidad en la honda<sup>7</sup>.

Este vaciado no sólo deja espacio a Dios para ser Dios sino que deja al otro espacio para ser otro, en la mismidad de su ser. El otro ya no es una ocasión para que yo despliegue mi personalidad. La parroquia no es una oportunidad para extender el ego narcisista del párroco. Los demás no son ocasión para exteriorizar mis deseos. Cada feligrés y cada comunidad parroquial tiene una naturaleza que yo debo conocer y tratar con respeto al igual que no se puede coger una rosa como se coge una piedra. Hay que evitar toda mentalidad invasiva, todo intento de conformarlo todo a tus formas y maneras. Más bien hay que conducir a la comunidad al seguimiento de Cristo, evitando todo clericalismo que coloca al sacerdote en el lugar que le corresponde sólo a Dios<sup>8</sup>. Cuando uno intenta vivir así, Dios también requiere aspectos propios de tu personalidad con los que puedes enriquecer mucho a tus fieles, puesto que cada identidad personal es un regalo de Dios al mundo. Pero había que pasar primero por ese vaciamiento del yo egoísta, por ese reconocimiento del gran Tú, por esa imprescindible reverencia a Dios.

El «sí» máximo de Cristo fue la cruz por la que en obediencia hasta la muerte se entregó por nosotros y por nuestra salvación. La vida del sacerdote es vivir junto a esa cruz de Jesús como Juan. El sacerdote diocesano participa de esta cruz padeciendo, como los apóstoles, rechazo, incomprendiones, fatigas, persecuciones y dificultades en la misión<sup>9</sup>. La vida de los sacerdotes es permanecer en la cruz, alojados en el costado de Cristo, no para luego irnos sino para quedarnos para siempre, como decía san Juan de Ávila. En este lugar hallarán el amor más grande posible y encontrarán la estabilidad del amor que quiere el Señor para sus discípulos: «Como Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor»<sup>10</sup>. Ningún amor a medias experimentará quien ponga aquí su casa, quien se establezca en este sólido fundamento de amor. Entonces participará del amor católico con que Dios se abre al mundo. Este texto del Doctor de Ávila es un exponente del amor inmenso de María para abrazar a los asesinos de su Hijo. Es el «sí» máximo de María en la hora suprema de su cooperación con el misterio de la redención del mundo:

«Lo mismo se dice de la Virgen. El corazón más tierno del mundo fue el suyo; y si de ver un pobre llora, ¿qué haría de ver padecer al Hijo, de verlo muerto sobre sus faldas y tan atormentado como estaba? Es tan tierna, que si viera padecer algún mal, algún trabajo a los mismos que crucificaron a su Hijo y trataron tan cruelmente, se le doliera de ello<sup>11</sup>. (...) “¡Oh pecadores, cuán caro me costáis! ¡Cómo por amor de vosotros ha pasado mi corazón trance tan amargo como ha sido este, ver a mi Hijo Jesucristo padecer tan cruel muerte y pasión! Lo que vosotros hicisteis, Él lo ha pagado, y mi ánima lo ha sentido: por bien empleado vaya, aunque ha pasado tantos trabajos, porque vosotros recibáis el fruto de ello y alcancéis perdón de Dios”. - ¡Oh Señora!, bendita seáis vos, que aún tenéis el sonido de las palabras de vuestro Hijo: ¡Perdónalos!»<sup>12</sup>

<sup>6</sup> Cf. Jue 7.

<sup>7</sup> Cf. 1 Sam 17.

<sup>8</sup> Los mismos laicos pueden convertir al párroco en un semidios. Así dañan la naturaleza de su ministerio que es ser sacramento de Otro, se perjudican ellos mismos y siembran división en el seno de la Iglesia. Es la misma tentación del pueblo de Israel cuando quería hablar con Moisés y no con Dios porque no soportaba el fragor de su voz (Cf. Ex. 20, 19). Y es el mismo peligro que denunció san Pablo cuando la comunidad decía ser de Pablo, de Apolo, de Cefas; obviando al autor de la salvación, Cristo (Cf. 1Cor 1, 12).

<sup>9</sup> Cf. 2 Cor 6, 4-5.

<sup>10</sup> Jn 15, 9.

<sup>11</sup> JUAN DE ÁVILA, *Escritos sacerdotales*, Bac, Madrid 2012, 275.

<sup>12</sup> *Ibid.* 276.

Yo deseo este amor católico para mí y para mis hermanos sacerdotes. Y ruego a Dios y a la oración de los que lean esto que así sea. Gracias.